



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Omar Saavedra • Gastón Cornejo • Tambor Vargas • Gaby Vallejo • Benjamín Chávez
Víctor Montoya • Mario Lara • Luis Ríos

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XIX n° 480 Oruro, domingo 16 de octubre de 2011

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL



Sin título. Óleo sobre tela 70x60 cm
Erasmo Zarzuela

Reflexión acerca del grafiti

El grafiti es anárquico por naturaleza. Sus autores permanecen por principio en el anonimato. En contra de los esfuerzos policiales y a pesar de los llamados morales ediles immaculados, el grafiti, como hijo de la urbe, sólo terminará con el fin de la ciudad. Ni un minuto antes o después. Grafiti y ciudad están unidos indisolublemente por toda la vida y hasta que la muerte los separe. Aceptado este hecho, vale la pena preguntarse si no sería más razonable tomar y comprender el grafiti como un signo de su tiempo, antes que entregarse al Sisifo trabajo de querer erradicarlo. Porque enojoso y abyecto, el grafiti es un componente innegable del psicograma de nuestras ciudades, en nuestro tiempo.

Omar Saavedra Santis. Escritor chileno.

El alma de Mario Lara López



Se aproximaba la navidad, diciembre de 1983. El poeta sufría de molestias físicas notorias en el bajo abdomen derecho que le causaban intenso dolor, dificultad al caminar y problemas digestivos de variada magnitud en crisis exacerbadas. El examen clínico descubrió una hernia inguinal en un punto débil de la pared abdominal con protuberancia notable de un saco herniario con contenido intestinal y riesgo de estrangulación vascular mesentérica muy peligrosa, dada la magnitud del cuello herniario.

Los antecedentes de montura prolongada en bicicleta y esfuerzos deportivos futbolísticos desde temprana edad, eran coherentes con el cuadro clínico de solución quirúrgica a breve plazo.

Se le comunicó el diagnóstico, la perentoria intervención bajo anestesia troncular peridural y sedación general de la conciencia. Terapia quirúrgica de Herniorrafia con reforzamiento músculo-tendinoso con un riesgo quirúrgico mediano. Hospitalización y luego, requerimiento de un reposo domiciliario relativo.

Equipo quirúrgico cirujano Dr. Gastón Cornejo B. Ayudante Dr. Luis Loayza B. Anestesiólogo Dr. René del Barco (esposo de su prima Carmen Lara, hija de don Jesús Lara) quien me pidió colaboración: *¡Es pobre, es poeta!*, me dijo. Operación y anestesia sin complicación alguna.

Costo terapéutico: composición poética especial, inolvidable y musical, reveladora de su ethos poético, de su *ajayu*, para eterna memoria, exigí.

Al momento de la curación definitiva, el poeta entregó la composición poética titulada *El Viaje* (véase página 6).

Se trata de una pieza poética extraordinaria en la cual relata con significativa emotividad, la reflexión íntima de su requerimiento en salud, su ansiedad previa a la intervención quirúrgica, el proceso anestésico, el despertar y los sueños íntimos provocados por el episodio crítico.

Primero, la confesión del dolor físico al colega poeta y amigo Dr. Washington Vargas, otro bardo sensible como él, además artista y cirujano plástico que mal le explica la técnica con dibujos de esquema imprecisos. Reflexiona, presume conflicto y riesgo, decide y selecciona el equipo responsable, se hospitaliza e inicia el proceso. En la vibración de la ansiedad preoperatorio, rescató a sus poetas allegados: Proust, Miguel Hernández, Federico García Lorca.

El recuerdo de ese episodio está vivo en mi memoria antigua. Mario ingresó al quirófano, observó las luces, las lámparas quirúrgicas; registró la anestesia inicial, la punción de la vena, la aguja sobre el dorso en la vecindad de la vértebra dorsal. Posteriormente meditó por escrito la confianza en el familiar y amigo que le administró el anestésico, llegando al umbral de sus vivencias, luego la quietud, la serenidad y la calma. Percibió aún la ausencia motriz y sensitiva de las extremidades inferiores y luego el sueño, la inconsciencia temporal gradual que no le permitió ningún movimiento. Quedó posible la recepción de sonidos, técnicas y gestos. La ansiedad concluyó entregándose a la Pachamama y escuchando una canción nativa.

En el poema que años después leo con detenimiento y en voz alta, cargado de emotividad, encuentro al paciente y poeta Mario Lara López quien describe los jalones del procedimiento operatorio, las manos presurosas del cirujano que trabaja en su cuerpo, su tierra labrante; las manos prestas del ayudante, el arte quirúrgico armónico y perfecto trabajando sobre su cuerpo inanimado; él imagina, en la bruma de su percepción, costuras, reparación de tejidos hendidos, expresiones de los cirujanos. Luego despierta, oxigena sus pulmones, retoma la conciencia, recupera sensaciones y escucha nítidamente al cirujano que concluye cubriendo las heridas.

Finalmente, asume la reflexión profunda, la aproximación sensible en su interioridad afectiva. Invoca a los suyos, los seres de su intimidad supremos, su amado padre héroe en la guerra del Chaco e inmediatamente retoma a su padre literario y mentor ideológico, su tío escritor y poeta, rebelde y comunista, don Jesús Lara.

Cual resucitado, triunfador de la muerte transitoria, evoca sus páginas juveniles, el primer amor, el beso tierno, la otra de los ojos grandes, la otra, clavada en sus inviernos. Samaritana en trance de colmar al sediento de amor que en él existe.

Así concluye el episodio, desnuda sus telares para exponer su alma sensible, su delicada alma de poeta. Una página se cierra en sus vivencias. Recupera la conciencia, agradeciendo a la vida que le hará aún fructecer; a la tierra que lleva en las arterias, plétórica su entraña de aves, surcos, charangos y chilichis.

Gastón Cornejo Bascopé. Médico y escritor cochabambino.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julio garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telef. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Desde mi rincón:

Tintin, ¿peligro público?

TAMBOR VARGAS

Hace pocos días ha sido noticia: un ciudadano congoleño ha denunciado por 'racismo' ante los tribunales belgas unos dibujos animados, famosos antes de la II guerra mundial; en concreto, los denunciados aparecieron en 1931; el argumento es que en ellos 'ninguneaba' a sus antepasados, presentándolos como necesitados de la protección blanca. Su autor fue Georges Prosper Remi (1907-1983), conocido por el seudónimo de 'Hergé'.

Pensando un poco, uno se pregunta si un personaje de dibujos animados puede ser 'racista'; y menos todavía, si lo puede ser un seudónimo. Es decir, que quizás llegaríamos a la conclusión de que el acusado no puede ser Tintin (que es el nombre del 'héroe' de la serie); tampoco, Hergé; sólo el Sr. Remi. Y vaya por delante que no tengo ningún interés en anticiparme a la decisión del tribunal belga, aunque todo hace temer que el ciudadano congoleño verá satisfecho su deseo, pues parecemos vivir en un mundo de la suprema virtud.

Lo traigo a cuento porque me parece que en dicha denuncia podemos ver un elemento representativo de algunos de los rasgos chistosos de nuestro tiempo; llamo 'rasgos chistosos' a conductas claramente paranoicas; y proporcionalmente peligrosas para la Humanidad.

Lo primero que a uno le viene a la mente es el concepto de 'anacronismo': que consiste, entre muchas otras posibilidades, en medir al género humano—desde Adán y Eva hasta ayer a las ocho de la noche—por el rasero de la última declaración onuniana sobre 'derechos humanos' y otras hierbas no menos chistosas (por ejemplo, los supuestos 'derechos' de la madre tierra o de los animales).

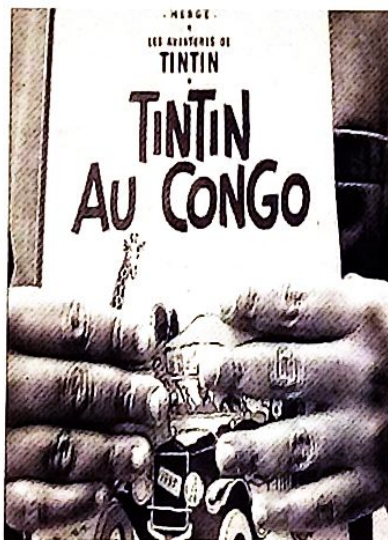
Esta ilusión óptica considera que la 'idea' que en Europa han de haber tenido desde siempre sobre la población africana, americana, asiática y oceánica es la que hoy creen que debemos tener quienes se han subido al tren de lo 'políticamente correcto'. Sólo así cabe entender que un negro africano hoy se sienta 'agredido' por determinados dibujos animados de hace exactamente ochenta años de un dibujante belga.

Desde una consideración más filosófica, uno puede plantearse hasta dónde llega y qué conlleva el concepto—por cierto, europeo—de la igualdad metafísica de los miembros de la Humanidad. Materia larga y ancha llegar a precisiones inteligibles y adecuadas para este tipo de debates. Lo que con aquel dogma no puede argüirse es que todos estamos obligados a tener el mejor concepto de cualquier grupo humano y cualquier miembro de cualquier grupo humano que haya podido vivir en cualquier lugar de la tierra y en cualquier momento del tiempo.

Pero yendo más a fondo y acercándonos a lo que anda en juego en la mentada denuncia judicial, estamos ante un espécimen de un tipo de fe ciega, tan dogmática como anti-histórica, según la cual TODOS los hombres, de TODOS los tiempos, de TODOS los lugares del planeta debían ajustar TODOS sus actos a los códigos que actualmente algunos quieren imponer sobre TODA la pobre Humanidad. Sólo así se puede entender que a un negro africano le resulte insoponible lo que un dibujante blanco europeo ha publicado sobre un antepasado suyo (del negro africano); y porque le resulte insoponible, lo ha de poder denunciar; y los tribunales belgas le han de dar la razón; y han de condenar *post mortem* al di-



Georges Prosper Remi



bujante por su presunto delito.

Lo que no parece haberse planteado el negro africano denunciante es qué respondería a un hipotético agraviado europeo que se sintiera agredido por lo que otros antepasados negros africanos dijeron o hicieron contra europeos belgas durante las guerras de independencia congoleña. Y ahora, vayamos alargando los millones de denuncias imaginables según cada una de las hipotéticas perspectivas, hipotéticas experiencias de hipotéticos derechos heridos entre todos los representantes del género humano que han ido poblando sucesivamente el planeta a lo largo de los tiempos.

En la denuncia africana parece haber, además, una confusión: sostiene que las fuentes históricas sólo tienen derecho a subsistir si representan las tesis que en nuestros días gustan a una parte del género humano. He dicho 'gustan'; esto no significa que a los que les gustan esas ideas, las aecten y ajusten su conducta a lo que aquellas ideas exigirían. Y sin necesidad de salir del Congo africano, las barbaridades que desde 1960 (fecha en que el Congo se independizó de Bélgica) congoleños han cometido y siguen cometiendo contra congoleños, demuestra que la historia es más complicada.

Como se ha podido leer en alguna prensa europea, la obsesión por 'limpiar' cuanto ha quedado escrito en la historia humana de cualquier punto de vista, cualquier juicio, cualquier acusación, cualquier desprecio o admiración por cualquier idea, personaje, pueblo, régimen político, sistema socioeconómico, proezas coloniales, matanzas revolucionarias, etc., etc., que no enajenara a los deseos, esperanzas y sueños de quienes aspiran a uniformar la Humanidad según su patrón, nos privaría de por lo menos la mitad (siendo generosos) de la literatura universal (dando a 'literatura' un alcance holgado).

La literatura, en su larga historia, ha solido aspirar a reflejar la realidad humana; y si aceptamos que ésta presenta miles de claroscuros (de los que Pascal señaló, referido al hombre, no a la literatura, que su verdadera esencia reside en la inseparable unión de lo que constituye su 'grandeza' y su 'miseria'), ya podemos concluir que la literatura no puede prescindir de ninguno de aquellos claroscuros, pues equivaldría a reducir la 'humanidad'. Escandalizarse de una tira cómica a título de 'racismo' equivale a mantener viva la incapacidad de entender al hombre en nombre de alguna doctrina.

Reconozco que el tema ofrece muchos otros carices. Otro día habrá que volver por lo menos a algunos de ellos.



Tranströmer en el puerto de Montevideo

Benjamín Chávez relata una tarde de domingo en la capital uruguaya en la que conoció la obra poética del reciente "Premio Nobel de Literatura, Tomas Tranströmer"

Al enterarme que el poeta sueco Tomas Tranströmer había ganado el Premio Nobel de Literatura, tuve tres motivos de alegría: la poesía toda, los exquisitos versos del galardonado y el recuerdo de un querido amigo uruguayo a quien llamaré L, que me regaló la posibilidad de leer a ese poeta excepcional.

Fue en un almuerzo en el mercado del puerto de Montevideo, hace como 10 años, cuando, entre corvinas y pulpos en salsa gallega, escuché por primera vez su nombre. Nos habíamos citado en ese centro ineludible del buen comer oriental, con mi amigo el poeta L, mi amiga, la también poeta S, y una joven francesa de nombre M, ávida lectora de novelas. Todos arribamos puntualmente a una esquina que exhibía botellas con barcos de madera en sus interiores. S había pasado a buscarme al hotel en su diminuto Fiat; llegamos luego de aparcar el coche por una calle atiborrada de vendedores variopintos que ofrecían lámparas, astrolabios y mascarones de proa. Yo traía muy fresco el recuerdo del puerto donde acabábamos de dar un paseo, me refiero al verdadero, no el arrabal turístico donde ahora estábamos. Y era como seguir viendo grandes cargueros llegados del otro lado del mundo, marineros y estibadores abocados a lo suyo, alguna que otra chica con minifalda y peluca, desempleados husmeando, y sentir en la boca la sed de una cerveza no tomada en un bar aparentemente llamativo: *El gato que fuma*, pues, cuando le propuse a S que nos bebamos un par de copas, ella sentenció sin detener el auto: «El gato que fuma», puro estereotipo de puerto. Me echó una rápida mirada por sobre sus gafas y con voz maternal acotó: A vos no te veo apostando a las cartas o desafiando a la pulseta.

L, S, M y yo, nos instalamos en una mesa sobre la calzada bajo la protección de un toldo rojo. Pedimos comida rociada de vinos blancos y tintos. Yo, que traía la sed de la cerveza, pedí una copa de barril. Comimos y bebimos mucho. La sobremesa duró varias horas y en algún momento, como sacando un reluciente conejo de su chistera, L pronuncia un nombre: Tomas Tranströmer. «¿Quién?» pregunto sin soltar mi copa (ya de vino para entonces). «Un magnífico poeta sueco amigo mío», me responde y suelta un suave eructo a medio camino entre la satisfacción y el pontificado. «Ni idea», le digo. Entonces L hace memoria, frunce el seño, entorna los ojos, se lleva el índice a los labios, ladea la cabeza, en fin, fustiga a su trabajada memoria y de a poco, como una locomotora que arranca por fin, em-

pieza a recordar algunos versos. Al rato ya no hablaba de otra cosa. S y M que habían permanecido en lo suyo, de a poco van prestando atención a lo que dice. Vino de por medio comentan y bromean divertidas, inventando historias a costa de un poeta que era desconocido para ellas como para mí, para indignación de nuestro contertulio. «Tranströmer me suena un poco a Maelström», dice M y aprovecha el cabo soltado para lanzarse en una disertación sobre Jules Verne y la literatura francesa desde el XIX hasta el recién estrenado siglo XXI. Todo, demás está decirlo, en clave Tranströmer cómica. Para entonces L, que ya no presta atención a las bromas, ha tomado la decisión de llevarnos a su casa y regalarme un libro de su querido y admirado poeta.



En algún momento el día declina, se acaban los vinos y nos comunican que cerrarán el bar - restorán, y nos percatamos que somos los únicos, en una calle desierta. Caminamos hacia el coche de S. No lo encontramos. De algún modo nos marchamos de allí. Luego de un periplo azaroso, festivo y estrambótico en extremo por los barrios montevideanos, como a media noche, llegamos a casa de L, jén el auto de S! «Por fin», exclama S y se tumba en el sofá. M, nos sigue en silencio.

Entramos a la biblioteca, grande, ordenada y pulcra. En un rincón está la veintena de cajas cerradas de las que L nos había platicado toda la jornada. Abre una con ademán extremadamente delicado y saca el ejemplar de una antología de poemas de Tomas Tranströmer, debidamente traducidos al castellano. «Yo lo edité», me dice, «hace muchos años (aunque no veo su nombre por ninguna parte). Pero no los vendo hasta que ese viejo maestro se gane el Premio Nobel. Que sucederá, claro que sí, tarde o temprano tendrá que suceder, te lo aseguro. Toma, léelo y escribe algo sobre él, no te hagas al sueco - me dice y me alcanza el ejemplar.

La tapa naranja de aquel libro entre mis manos es lo último que recuerdo. Al día siguiente, creo, dejé Uruguay a las cuatro de la mañana, como quien se larga de una fiesta agotadora. Eran otros tiempos.

No escribí nada del poeta Tranströmer, pero lo leí, y disfruté su poesía honda, su visión serena, su fuerza contundente. Tiempo después, seleccioné un par de poemas suyos para publicarlos, junto a una pequeña bio bibliografía, en *El Duende de Oruro* (9 de marzo de 2003). Ya quisiera asomarme ahora a la casa de L con un ejemplar y ver cómo a estas mismas horas abre, lleno de dicha, aquellas cajas suyas, y celebrarlo juntos.

La p

Como en toda obra destinada a ser leída con atención y sentido crítico, «El cuarto enigmático y otras narraciones» revela a un autor que, a pesar de su juventud y modestia, se perfila como un escritor serio y comprometido con la palabra escrita, ya que sus relatos no son «simples garabatos narrativos» ni el lector malgasta su tiempo una vez que ingresa en el laberinto de los textos escritos con pasión y talento.

En el primer relato, ambientado en el edificio de un Instituto abandonado, nos permite entrar en un cuarto penumbroso y frío, donde tres amigos experimentan hechos inexplicables y enigmáticos, y en el que un libro abierto sobre una mesa, con una sola frase escrita en sus páginas, parece tener todas las explicaciones de un crimen recientemente ejecutado. Se trata de un suceso recreado al más puro estilo de Edgar Allan Poe y, desde un principio, se puede afirmar que la prosa de John Cuéllar, quien sabe tejer hábilmente los elementos de la realidad y la fantasía, nos hace vibrar con situaciones rodeadas por un halo de misterio y nos entrega una poderosa dosis de terror y espanto.

En «Jorge Breen en la mira», el protagonista sueña con su propio asesinato, mientras duerme en uno de los bancos del cine, al mismo tiempo que en la película se comete un crimen pasional. Aquí, lejos de toda consideración lógica, el autor deja constancia de que el racionalismo es superado por la ficción del mundo onírico. No en vano Jorge Breen vive con la sensación de que su realidad depende de otra, y ésta de otra, y así sucesivamente hasta el infinito. Los tiempos narrativos se superponen y se repiten las escenas como en la función rotativa de una película, con un personaje asediado y asesinado varias veces.

En el tercer relato, «Delirio», parece prolongarse la historia de Jorge Breen. Todo comienza cuando el protagonista, al salir de una megadiscoteca, encuentra en su camino a una bella mujer, quien, desilusionada por el repentino abandono de su novio, le pide pasar la noche en su apartamento. Estando allí, él aprovecha para invitarle unas copas de ron y, seducido por la voluptuosidad de sus senos y sus muslos, devorarla a besos mientras escuchan una canción de Laura Pausini. En este relato, cuyo tema recrea una falsa ilusión provocada por los efectos del alcohol, se expone una prosa desinhibida y contemporánea, salpicada de sensualidad, picardía y erotismo.

En algunas narraciones se rastrea el tema de un amor no correspondido y las cavilaciones propias de los enamorados de mujeres imposibles, como en «Destiempo» y en «Desolación», donde el protagonista adolescente, inconforme e insatisfecho, siente que su vida existencial está proyectada en las letras de una canción: «Sólo huele a tristeza, huele a soledad/ en mis ojos perdidos, sólo hay humedad...», aunque no deja de abrigar las esperanzas de que si se pierde un amor, es posible encontrar otro a la vuelta de la esquina, al menos si se practica el lema: quien busca, encuentra, y quien insiste, consigue.

En una selección de relatos, como en este caso, existen algunas narraciones que destacan más que otras, ya sea por el tratamiento del tema o por la destreza narrativa del autor, quien, en su condición de intelectual de clase media, ensaya una literatura urbana que, de un modo consciente o inconsciente, usa los mismos recursos a los que nos tienen acostumbrados Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce Echenique. En tal virtud, no es casual que nos cuente las razones y sinrazones de los «hijitos de papá», de los muchachos que inte-



rosa enigmática de John Cuéllar

gran las tribus urbanas y se adueñan de la ciudad en medio del mundanal ruido, el incesante ajeteo de la gente, los servicios de las camaleonas y la música estridente de las discotecas a media luz.

No faltan las historias que transcurren entre hermanos celosos y madres preocupadas por buscar un buen partido para sus hijas en un ámbito en el cual la ascendencia social y el poder económico del pretendiente son decisivos a la hora de aceptar un compromiso formal en el seno de una familia con pretensiones de la alta sociedad, con servidumbre y chofer particular incluidos; una realidad que se refleja en "Tienes que echarle la negra a un tipo llamado Frank", donde el personaje principal, un "hijito de papá", tiene la vida servida en bandeja de plata y un futuro esplendoroso, al que todos son convocados, pero en el que pocos son los elegidos. Mas no por esto, según el hilo argumental, los ricos están libres de las tragedias familiares, así sea sólo en un sueño premonitorio, como sucede en este relato, en el que los hermanos menores del protagonista mueren ahogados en el mar; algo que se repite, de una manera paradójica y premonitoria, en el caso de su amigo Martín Rosse, muerto con un disparo en la frente.

Como en cualquier ciudad peruana, a altas horas de la noche, en las calles y bares pululan los borrachos propensos a las agresiones verbales y los asesinatos con arma blanca. Esto se describe, con precisión verbal y escenas de videoclip, en "El desquite", cuyo protagonista, Claudio Selso, es acosado y asesinado por un hombre de apariencia misteriosa.

Por otro lado, llama la atención el hecho de que el relator/protagonista casi siempre reflexiona sobre los temas que lo aquejan mientras está en la cama, se supone que boca arriba y con la mirada perdida en el cielorraso. Así ocurre, por ejemplo, en "Una vez más", tras la llegada de un forastero que despierta su curiosidad y cuyos pasos sigue hasta descubrir que se trata de un hombre decidido a quitarse la vida en el precipicio de la montaña; una acción impactante que, años más tarde, experimenta en carne propia el relator/protagonista, dejándose caer en el mismo abismo como un suicida potencial. Es digno destacar que en este relato se pone a prueba la intención experimental del autor, quien repite cuatro veces un mismo párrafo, con modificaciones claves al final de cada uno.

En "Ellos me están esperando", último relato del libro, desfilan una serie de personajes secundarios que parecen no tener otro propósito que el de pasar el fin de semana en un cine o reunidos en un night club entre mujeres de prendas mínimas y bebidas tropicales. Aquí destaca "El profe", un individuo resentido con la colectividad y con poca autoestima personal que, en su plan de borrachera y entre las muchachas del cabaré, funge ser el paradigma de quienes sueñan con un estatus social y económico que los dignifique de por vida.

No es menos interesante el caso de Apolonio Meder, más conocido como Apolo entre sus amigos; un muchacho que se unió a la "noble causa" de los guerrilleros, pero que, en realidad, resultó ser un "soplón de los militares". Si bien es cierto que este sujeto, con un pasado como mercenario, logra salvar su pellejo y huir hasta la capital, es cierto también que no logra reintegrarse a la vida social ni laboral, hasta que termina por entrar en contacto con el hampa, y, consiguientemente, con los elementos que, debido a su actitud desalmada y sin escrúpulos, pertenecen a los fondos más bajos de la so-

ciudad, donde campean los parricidas, violadores, atracadores y asesinos a sangre fría.

En "Ellos me están esperando", el relator/protagonista nos va describiendo, paso a paso, la crónica de una muerte anunciada en medio de una galería de personajes siniestros que forman parte del texto y el contexto, y mientras él, Ángel Curtis, ya acostado y cubierto por la sábana, reproduce en su mente la frase: "ellos te están esperando, siempre lo han hecho, pero hoy es diferente", debido a que ellos, los malandrines que son sus compinches en los actos delictivos, están dispuestos a despa- charle a ese lugar del cual nadie retorna con vida. Y así ocurre, en el desenlace, el asesinato anunciado es consumado, poco antes de que la esposa de Ángel Curtis descubra el cadáver ensangrentado y una nota sobre su pecho: "La sangre cubre lo que el dinero no puede".

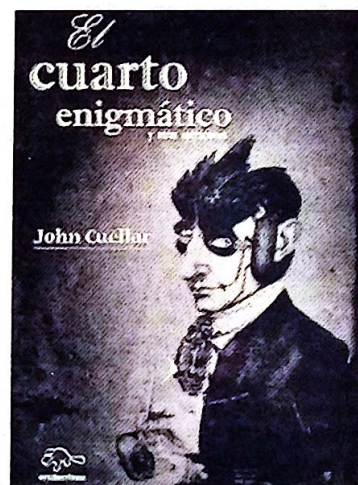
Este volumen ágil y ameno, de un modo general, está compuesto por una galería de jóvenes atrapados por la melancolía y la desilusión, que divagan entre las cuatro paredes de un cuarto, siempre meditabundos y contraviniendo toda lógica y razón, como seres enajenados que vagan por un laberinto de preguntas sin respuestas y por calles que más parecen pobladas por fantasmas que por seres con vidas y realidades cotidianas. No obstante, aunque en varias de las narraciones las ilusiones y los ensueños adolescentes se rompen como vasijas de barro antes de ingresar en la antesala de la vida adulta, queda claro que el amor y el desamor son dos de los pilares sobre los cuales están estructuradas las breves prosas de John Cuéllar, quien, con la fuerza de la imaginación y el oficio escritural, no dejará de sorprendernos en un futuro inmediato con obras que dejarán su huella en el marco de la literatura peruana contemporánea. Por ahora, y sin mayores preámbulos, nos quedamos a gusto con los diez relatos de "El cuarto enigmático y otras narraciones", un libro que merece ser leído con los cinco sentidos.

John Cuéllar (Huánuco, Perú, 1979). Poeta y narrador. Licenciado en Lengua y Literatura (Universidad Nacional Hermilio Valdizán). Editor de las revistas *Kactus & Parnaso* (2003-2004) y *Parnaso* (2005-2006). Obtuvo el segundo premio de poesía en los "II Juegos Florales Valdizanos, en 2000, y el primer premio en el "II Premio de Cuento Ciudad de Huánuco", en 2001. Es autor de *Narrativa joven en Huánuco* (2005), *Lexicón* (2007) y *Sin antídoto* (2008). Tiene textos dispersos en publicaciones nacionales y extranjeras. También ha publicado en medios electrónicos: *Revista VOCES*, *Casa de Poesía ISLA NEGRA*, *Yo escribo*, *Revista del Pensamiento y la Cultura DIEZ DEDOS*, *Revista Literaria KATHARSIS*, *Revista Intercultural del mundo hispanohablante ÓMNIBUS*, *Revista Trimestral de Literatura EL HABLADOR* y en la *Revista de narrativa contemporánea en castellano NARRATIVAS*.

**Víctor Montoya. Escritor boliviano.
Reside en Estocolmo-Suecia.**



John Cuéllar



Mario Lara López

Mario Lara López. Prov. Coronel Jordán - Cochabamba, 1927. Abogado, poeta, narrador y ensayista. Sobrino de Jesús Lara. Formó parte de la Segunda Generación de Gesta Bárbara. Es miembro de la Unión Nacional de Poetas y Escritores - Cochabamba. Ha publicado en antologías, periódicos y revistas del país. Sus poemarios: *Amáñecer del canto* (1966); *Voces fraternales* (1979) y *Hotel Canadá 50 Círculos* (1995-testimonio). El poema que sigue fue escrito en diciembre de 1983 y está dedicado a los médicos que le atendieron en una intervención quirúrgica. (véase p. 2)

El viaje

Los ojos en los ojos de los míos,
inicio la labrantía de mis pasos
tal si fuera en el valle que explosiona en jilgueros.
¿Iré a sembrar los sueños que llevo en los latidos?
¿O a cosechar estrellas que llaman a mi frente?

En fraternales ramas, lo mismo que un hornero,
florece a contraluz Washington Vargas
aleteos orales que no alcanzo:
¿Me augura la exitosa canción en mi odisea?
¿Me envía un bailecito, con olor a retamas,
de su guitarra en vuelo de esperanzas?
¿O, acaso, una acuarela de bermellón y azules
o el poema recóndito de luna y aguacero?

Veó su cirugía que traza en el aire espejos.

Le digo "adiós", ¿adiós?, rechazo el arpa
que me rotura el pecho.
La mano en un vaivén de kacharpari
le envío unos gorriones que le trinan:
"hasta el orto inmediato de nenúfares
que a la vuelta del prado la primavera estalla".
¿Los segundos son horas? ¿Es tan largo el camino?:
lo que dura un arrullo y otro arrullo y arrullo.
Y voy como el arroyo de apacible premura
al recinto en que imperan el escarpelo, el yodo...

Presto René del Barco enciende hitos,
es serena la nave que conduce
y mi seguridad con él es remo firme,
firme con el reloj del pulso que me anima
en viaje hasta el fondo de mí mismo.

¿A qué constelación seré llevado?
¿En brazos de qué musas remozaré mis ansias?
¿Cuál piélagos seré sin batir alas?

¿Frutal, frutal del tiempo, Marcel Proust me acompaña
a la tan dulce sombra
de menta, de arrayán "de las muchachas
en flor" de naranjales, de albas, de ansiedades?

¿Miguel Hernández, súbito,
el ruisecor que canta tan alto en mis follajes
como invasión de sol que es mi tesoro?

¿O más me impele el "verde
que te quiero verde" en que naufrago
de emoción en el mar de Federico
García Lorca, el mar que tanto quiero?

Pertinaces pupilas los pequeños
reflectores me inundan de auras lácteas
y claridad lunar
en la mañana en gasas del quirófano
desde el móvil monóculo, ¿Polifemo electrónico?
vigía para el ponto que seré sin moverme.

Espero el arponazo que derribe
muros de resquemor que me rodean.
Del Barco es todo barco de mástiles supremos:
Una fina saeta, ¿de ulala?, hiende breve
mi piel como de mirlo, en tensión, en acecho,
otra, de pez aguja, se va a fondo
y la aguda presión más se me incrusta.

Del Barco es como un mago que anestesia
mis límites exactos,
que sujeta los canes del dolor de mi cuerpo;
pequeño mar en calma, sin gaviotas.
¿Dónde están mis oleajes?
¿Dónde mis playas íntimas?
¿Dónde mis plenilunios compartidos?
(Al sur de mi ecuador naufragó mi albedrío
lo que hace mis andares no responde)

Y manos como roces de alas tiernas
y huellas de gacelas en mi vientre.
¿Me tenderán un puente para seguir soñando,
viajero que me doy sin movimiento?
¿Escindirán la ruta de Caronte
que se irá, sin rozarme, en su brumoso impulso?
Pachamama me tiende con su abrazo kantutas
y un wayño se entemece, de pronto, en mi memoria.

Siento como si abejas de céfiro y garúa
escribieran su paso en mis comarcas
y siento que no siento y miro y miro
con candil de minero en mi cerebro.

Gastón Comejo asume mi futuro,
Gastón Comejo nauta en mi horizonte,
suelta en vuelo a su lámpara precisa
y abre con tino eléctrico de auroral diamante
un lado de mi tierra labrantía.
Artífice sutil rehace mis estambres,
pone imanes a músculos en fuga,
reconstruye telares inmediatos.

Detrás del labrador que sangro el surco,
Luis Loayza de pámpanos lozanos,
yendo a mi amanecer y paso a paso
rebuscando luciérnagas, enjambres,
recuperando zonas, ligamentos,
¿el eslabón perdido que requiero?,
prespunteando su pulso en mi epidermis.

Y oigo voces que apagan su sonido
o elevan en sinfónica raigambre
la orquestación de tactos y actitudes.

¿Qué costuras me advierten las palabras?
¿Unen mis latitudes separadas?
¿Rubricaron mi red terrazgo adentro?

¿Dieron su sepultura a la hernia que pugnaba
por echar diques míos?
y hondonadas cautivas y caricias.

Del Barco en vecindad de nuevas playas
me libera con aire, aire como de huerto
y respiro azucenas y me miro
más me miro sin verme.

De nuevo en su labor de colibríes,
de nuevo hojas pacientes las manos timoneles
del bajel-bisturí, rayo que orienta
Gastón Comejo en mí, en mi geografía...

Me voy por mis orillas
y penetro en el confín de la conciencia:
"padre", invoco a mi padre que pervive
en lo más repentino de mi arcilla.
¿Tal vez soy en sus márgenes el niño que una noche
lo vio en los volcanes de sus morteros justos,
ya no entre las seguras de la fusilería
o en trémula efusión de codornices ígneas,
ay, de ametralladoras con ebriedad felina
volver -nueva Odisea- de las fraguas del Chaco?

¿Mi padre es más mi padre, más me inunda su savia!

Mi fervor que eclosiona: "¡tío Jesús!", mi tío,
raíz de la raíz que me sostiene,
mi tío, paternal, va hacia las cúspides
de "Surumi" y me extiende brazadas de insurgencia
y cóndores que dejan su coraje en mis sienes.

¿Mi tío en la simiente de sus huesos tan fértiles!

Y el corazón roturan palomas mensajeras
del primer amor, beso que me besa
con labios de frutilla y brasa adolescente
y surge de un cuaderno de laderas rosáceas
la colegiala diáfana de margaritas íntimas.
Tomo la espiga rubia que se eleva en mi pecho
sembrando aún de luceros mis nocturnos
y su incendio me quema con magnolias
y hondonadas cautivas y caricias.

Y la que fue ternura de ojos grandes,
más dulce que la miel, la leche misma,
con magnetismo de alba en sus miradas,
sensible como el lirio, fuego en rosas,
retocando en los pianos del aura golondrinas.

Y aquella que era brisa, coral en acuarelas,
silabario de trinos, pincel de maizales,
clavel en mis inviernos y oquedades,
cosecha en lo más dulce del domingo.

Y la mozueta, tierna, con suavidad de poma,
traviesa, juguetona de lloviznas,
con las manos abiertas en la gleba,
sembrando mariposas en el aire,
lozana de palomas,
Samaritana en trance, siempre en trance
de colmar al sediento que en mí existe.

Vuelvo de mis praderas interiores,
pliega el reloj sus alas al llegar a la meta
mientras en mí se cierra el calendario
de las manos que enlazan la vida con la vida
que me hará frutecer más en la tierra,
esta tierra que llevo en las arterias,
tan mía de charangos y chilijchis.

Bohemia Sucrense

El académico de la lengua, Luis Ríos Quiroga, trata temas romántico-regionales del clavel, el pasado heroico de Chuquisaca y las pasiones que motivaron la creación poético musical de la finclita ciudad de los cuatro nombres

Sexta de 9 partes

LA FRATERNIDAD "LOS 13"

La fraternidad *Los 13* se reúne en el local de doña Lolita, en un callejón transversal a la plaza Tarija y últimamente en casa de las Canseco en la calle Junín. Ellos gustan del *qoko*, de la buena chicha, de la anécdota, del epigrama y de la música.

Acostumbran festejar el cumpleaños de cada uno de sus integrantes. El entendido en coherencia, refiere el Dr. Mariano Arrieta, es el encargado de hacer reventar los petardos en honor del cumpleaños.

Con la música de Remberto Prado y Humberto Ríos Durán en las guitarras, interpretan el *Carnaval de los 13* o el *Himno al Arroco*, dedicado al sabroso arrollado que fabrica la *Siete lunas*.

El *Himno al Arroco*, musicalmente se canta en la tonalidad de re mayor. La letra dice:

*Una librita de arroco
una libra y nada más,
se come de poco en poco,
sí señor, sí señoray.*

*Si se come con tomate,
resulta un gran disparate,*

*si se come con locoto,
resulta un gran alboroto,*

*si se come con cebolla,
hay algo que desarrolla,*

*y algo que viene al cuento:
para quitar el aliento,
se debe tomar Chufay
sí señor, sí señoray.*

La fraternidad cuenta en su seno con el poeta Ovidio Céspedes Toro, uno de los epigramistas importantes de la literatura boliviana. Refiriéndose a las novelas del escritor Fernando Ortiz Sanz, *La Barricada* y *La Cruz del Sur*, don Ovidio cuenta que:

*Al escritor don Fernando,
visita de cuando en cuando,
cierta dama diplomática,
y entre alegre charla y plática,
le dice el autor preclaro:*

*"No pondré ningún REPARO
si me das tu BARRICADA,
y Ferdy con prontitud,
le mostró su CRUZ DEL SUR
y le hizo ver cuatro estrellas
de primera magnitud.*

Y don Fernando Ortiz Sanz, que también de vez en cuando frecuenta la fraternidad *Los 13* y a quien sus amigos lo conocen por Ferdy, le obsequió a don Fidel con este ingenioso epigrama:

*Jugando a la bajomilla
con su prima Consuelito,
se ocultó bajo el piano
el virtuoso Fidelito.*



*Mas su prima lo encontró
y le dijo muy bajito:
"Me escuece bajo el corpiño.
A ver, tocá Fidelito"...*

*Y Fidel, como un Roncal
presa del mal de San Vito,
se lanzó sobre las te... clas
y le tocó un bailecito.*

**Unos ojos
(bailecito)**

*Unos ojos me miraron
extremadamente bellos,
¡ay! esas miradas, miradas bellas,
ahora me miran airados,
y yo me muero por ellos,
¡ay! esas miradas, miradas bellas.*

*Han de ser míos,
yo he de ser de ellas,
de esas miradas, morena,
de las más bellas.*

Para don Mariano Arrieta, periodista, notario de primera clase y miembro importante de *Los 13* y de peña de arte *Illapa*, este otro epigrama.

*Chupado el Notario Arrieta
con su comadre "La Gato"
le explicaba los misterios
de la herencia ab intestato.*



*Pero chupando de firme
se salió de sus cabales
y no le quiso cobrar
los derechos notariales.*

*La cholita agradecida,
dijo echándose en la cama
"ay, compadre, tome, tome,
lo que más le venga en gana".*

*Y el Notario dijo presto,
con su fina sonrisita:
¡Ay, comadre, gracias, gracias,
me tomaré otra chichita".*

Don Alberto Arce, era dueño de la quinta *Las Delicias*, he aquí el epigrama que le dedica don Ferdy:

*Cuentan de Alberto que un día
en el gran bar de "Los Pinos"
cortejaba a la mesera
de los ojos asesinos.*

*La mesera enardecida
sin turbarse ni asustarse
dijo al amigo galeno:
"Quiero gozar, doctor Arce".*

*Y el doctor todo cumplido
lo propinó dos caricias,
llamó un taxi, lo pagó
y la mandó a "Las Delicias".*

Los 13 en sus reuniones suelen escribir la letra y música de cuecas y bailecitos. Por ejemplo, la cueca *¡Viva el amor!*, tiene como autores en la letra a don Ovidio Céspedes Toro y en la música a *Los 13*.

¡Viva el amor!

*¡Viva el amor!
¡Viva la vida!
la vida sin amor,
eso no es vida,
la vida sin amor,
eso no es vida.*

*Es la mujer
amor y vida;
amor, vida y mujer
es la vida,
amor, vida y mujer
es la vida.*

*La mujer es vida
amor y placer;
amor, vida y mujer
ésa es la vida,
amor, vida y mujer
ésa es la vida.*

Continuará

EL MUSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Los tres revolucionarios

Fryderyk Franciszek Chopin (*Frédéric François Chopin*). Compositor y virtuoso pianista polaco (1810-1849). Su obra representa el Romanticismo musical en su estado más puro. A los ocho años tocaba el piano con maestría, improvisaba y componía. Sin embargo, estaba aquejado permanentemente por enfermedades respiratorias que lo llevarían a una muerte temprana.

En 1830, Polonia se levantó contra Rusia. Así nació su *Marcha fúnebre*. En Wola, sus amigos le regalaron una copa de plata con un puñado de tierra polaca. Él había partido a París seguro de volver a su patria, lo que nunca sucedió. Llenó de ansiedad confesaba: *¡Y yo aquí, condenado a la inacción! Me sucede a veces que no puedo menos que suspirar y, penetrado de dolor, vierto en el piano mi desesperación... El enemigo ha entrado en casa [...] Oh, Dios, ¿existes? Haces y aún no cobras venganza. ¿Acaso no tuviste suficiente con los crímenes de Moscú? O... ¡O quizás Tú seas moscovita!*

El alemán Friedrich Kalkbrenner, rey del piano, alabó la inspiración del joven talento pero también le objetó varios defectos. Entonces Chopin escribió: *Sé cuánto me falta, pero no quiero imitarle. No deseo ser su copia. Nada podría quitarme la idea ni el deseo, acaso audaz, pero noble, de crear un mundo nuevo.*

En abril de 1832 el cólera hizo estragos en París dejando a los artistas reducidos a la miseria. Sin embargo, un golpe de suerte llevó a Chopin a encontrarse con Valentin Radziwill, padre del príncipe Antonio, quien lo invitó a una velada. Allí, el joven improvisó con el piano logrando tal éxito que de la noche a la mañana su nombre volaba de boca en boca. Le pedían lecciones y así fue como se convirtió en un pedagogo

bien pagado más por necesidad que por convicción, debido a que sus composiciones le significaban sumas ínfimas. George Sand se refería irónicamente a su labor: *casi todos sus aficionados son mujeres, magníficas condesas, deliciosas marquesas, alumnas idólatras*. De su parte, el genio no podía ocultar su desdén por los niños sin talento que estudiaban piano sólo porque sus padres disponían de dinero para pagar a un gran maestro.

A finales de 1836 conoció a Amadine Aurore Lucile Dupin, la baronesa Dudevant (cuyo seudónimo era precisamente George Sand). La relación duraría casi ocho años. Durante ese tiempo, Chopin vivió la incómoda situación de no ser el padre de los hijos de Sand ni de haber formado una pareja legal con ella, quien además revelaría la vida de ambos en su novela *Lucrezia Floriani*.

En febrero de 1848, Chopin ofreció su último concierto parisino, que para él fue el canto del cisne ya que en el entreacto sufrió un síncope. Partió a Inglaterra minado por la tuberculosis y ya no pudo enseñar. Entonces pidió a sus amigos algo que ellos no cumplieron: *Encontraréis muchas partituras, más o menos dignas de mí. En nombre del amor que me tenéis, por favor, quemadlas todas excepto la primera parte, de mi método para piano. El resto debe ser consumido por el fuego sin excepción, porque tengo demasiado respeto por mi público y no quiero que todas las piezas que no sean dignas de él, anden circulando por mi culpa y bajo mi nombre.*

El genio musical falleció a las dos de la madrugada del 17 de octubre de 1849, a la edad de 39 años. Aunque su cuerpo permanece en París, obedeciendo su voluntad, su corazón está depositado en la Iglesia de la Santa Cruz de Varsovia.

Chopin o la nostalgia del genio creador

Chopin no estaba impresionado por este mundo. En Londres, con la salud deteriorada y cierto de la precariedad del mundo, escribió: *Aquí la música es una profesión, no un arte. Toca excentricidades y las presentan como obras de belleza total; interesarlos en cosas serias es una locura. La burguesía exige lo extraordinario y la mecánica. El gran mundo escucha demasiada música para prestarle una atención seria. Lady X..., una de las más grandes damas de Londres, en cuyo castillo pasé unos días, es considerada una música. Una noche que yo había tocado, le llevaron una especie de acordeón, y se puso muy seriamente a ejecutar en él los aires más horribles. Todas estas criaturas están un poco chifladas. Las que conocen mis composiciones me dicen: tocadme vuestro segundo suspiro... me gustan mucho vuestras campanas... Lo único que se le ocurre decirme es que mi música fluye como el agua...*

Ayer la anciana Rothschild me preguntó cuánto cuestó. Como había pedido veinte guineas a la duquesa de Sutherland, le respondí: veinte guineas. La buena mujer me dijo entonces que, en efecto, toco muy bien, aunque me aconsejó que no pidiera tanto, porque en esta "season" hace falta más "moderation".

Muchas personas me atormentan aquí para que toque, y acepto por cortesía. Pero siempre toco con una nueva pena, jurándome que no volverán a obligarme pues me encuentro entre el enervamiento y el abatimiento. Veo montañas y lagos, y un parque encantador; en una palabra un espectáculo de los más renombrados en Escocia. Sin embargo solo veo algo de eso cuando a la bruma le place ceder unos minutos ante un sol no muy combativo. Y todas las semanas me arrastro a otro lugar. ¿Qué decir del aburrimiento mortal de las veladas, a lo largo de las cuales jadeo esforzándome por mantener un buen semblante, por fingir algún interés por las tonterías que se intercambian de poltrona a poltrona? Por todas partes excelentes pianos, hermosos cuadros, bibliotecas selectas, canapés, perros, cenas de nunca acabar, diluvio de duques, condes, barones. ¿Es posible aburrirse tanto como yo me aburro?

Tengo los nervios agotados y no puedo terminar esta carta. Padezco de una nostalgia estúpida; a despecho de mi resignación, no sé qué hacer con mi persona y eso me atormenta... Ya no puedo estar triste o feliz; ya no siento realmente nada, vegeto, sencillamente, y espero con paciencia mi fin... ¡Ah, si pudiera saber que la enfermedad no me acabará aquí el próximo invierno!



Frédéric Chopin y la novelista George Sand